

Cordobesa de nacimiento, de educación y de estirpe, Rocío Moragas lleva a Andalucía en su sangre joven y en su alma cantora, y nos la revela en sus poemas que son testimonio de un temperamento excepcional.

Arraigada desde 1942 en San Sebastián, donde ha fundado su hogar, Rocío es un soplo del espíritu meridional poniendo el contrapunto de su andalucismo en la vida literaria del país vasco.

Regreso

Ven, sombra mía, y siéntate a mi lado,
compañera de días soleados,
mi misma yo bajo mis cielos grises,
medida de mi voz, del gesto y paso,
que tanto has dicho, acariciado e ido
a mi sueño, a mi amor y en mi camino.

Estamos de regreso, sombra mía!
Esta es la tierra que también mecía
mi cuna y mis ensueños tan bonitos
por ignorar enojos. Me dió savia,
que llenó mi alma y mi cuerpo en un reguero
ácido y dulce, como el limonero.

Esta es mi luz, mi sol de Andalucía,
tan nuestro que, sin él, tú no eras mía.
Estás aquí y, de verte, ya conozco
que es cierto mi regreso. Este arroyuelo
es el mismo que amé y besé de niña,
transparente verdad, nieve fundida.
Y tu perfil desnudo, sombra mía,
está acostado en él, como otros días.
¡Ay, sol y arroyo, agua y nieve;
os buscaba, cegada en sed y fiebre!

Yo he descubierto el tedio de la turba
que hacia nada se va, sin ritmo ni hora,
sin gozar ni sufrir, sin luz, sin duda.
Yo he ido con ella, mintiendo que la marcha
una danza era y una risa el jadeo.
Y con ella comí del pan grosero
en la mesa vulgar de la posada,
donde pitanza y vino avinagrado
los restos son, lamidos, manoseados,
de un banquete anterior nunca acabado.

Ya te he vuelto a encontrar, sombra querida,
y aquí te tengo, igual a lo que yo era.
Vengo cansada. Siéntate a mi vera.
Que el sol alumbre mi perfil primero,
límite de mi risa y mi sollozo,
sin mentira de lloro, ni de gozo,
tal cual yo fui, y nada de lo que hizo
un afán vano de un mentido hechizo,
que otros arrastran por largos caminos.
Yo he regresado. Quédate conmigo.

Reloj de sol

Agüita; no me ganaba,
Fuente de la Piedra Escrita;
agua buena a la derecha,
agüita mala a la izquierda.
Dos leones me querían,
porque yo era toda buena;
yo era la niña Rocío
del Patio de las Palmeras.
Agüita; no me envidiaba,
Fuente de la Piedra Escrita:
si se miraba en mis ojos,
era, toda, buena agüita.
Los dos leones guardaban
mi palacio chiquitito:
Yo era la niña Rocío
del Patio de Patinillos.
Agüita; no se enturbiaba,
Fuente de la Piedra Escrita,
si bañaba dos limones,
un clavel y yerbaluisa.

Agüita; ¡qué fresca el agua
para el guapo y tempranero
Sultán que me cortejaba!
En el Terrado Pequeño,
agüita decía: "Siga
tu rumor de cristalitos.
Así nadie podrá oír
el rumor de sus pasitos!"
El me cortejaba en sueños,
yo le soñaba despierta
y era el reloj de sus citas
un círculo de macetas.
Los claveles reventones;
los vivos geranios rojos
como labios, como heridas,
que bordeaban el pozo.
La sombra, entre las macetas,
daba al sol sus manos finas
y ambos jugaban al corro
de las horas más bonitas.
Sol en claveles: las ocho,
sombra en geranios: las diez,
sol en los dos: mediodía,
sombra en todo: atardecer.
En casa de los Moragas
mis macetas indicaban,
sin jamás equivocarse,
mis horas ¡las soleadas!
Y en días de cielo gris,
sin sol, el tiempo era pausa;
Santa Marina, la vieja,
sacudía sus campanas
y, en vez del tiempo que pasa,
me anunciaba el que llegaba.
Esta tarde va a venir
a mi reja un Sultán moro
que me corteja entre sueños
bajo nuestra parra de oro.
¡Qué añoranzas de mi fuente,
Fuente de la Piedra Escrita,
de mis leones, del Patio
de las Palmeras! ¡Ay, vida!

¡Patio de los Patinillos,
dulce Terrado Pequeño,
torre de Santa Marina
en mi barrio el más torero!
Agüita, ¿sigues brotando?
Macetas, ¿seguís marcando
horas de sol? ¿Para quién?
¿Quién se cifa en mi Terrado?
Yo era la niña Rocío
de Casa de los Moragas;
de la niña guardo el alma
y una pena renovada
de Piedra Escrita sin fuente,
de fuente sin aguas claras,
de patios sin las palmeras,
de macetas amustiadas,
de sombra sin sol, de días
grises, de horas de campanas
que marcan a martillazos
el tiempo de la añoranza.
¡Agüita, que no me olvides,
Fuente de la Piedra Escrita!
Si el sol te dice sus horas,
guárdamelas, que son mías.

Lejos

¿Lejos? Es nada, cuando nada existe
que sea más que todo, más que el alma,
que es un viajero sin paso ni camino,
sin tiempo ni distancia y sin etapas.

¿Lejos? Es nada, cuando el alma lleva
en su alma el todo de lo más ansiado:
su querer. Todo busca y todo halla
en ese inmenso mundo compendiado:
su punto de partida, su trayecto,
descanso soleado, alcor previsto,
llanura andada, cima conquistada,
horizontes sin fin y fin de etapa;
todo está en ella, y en ella no hay distancias,
Lo que ama, tiene. Y lo que tiene, guarda.

¿Lejos? Nada está lejos, aunque sea
lo amado otra alma, porque cada una
está en la otra fundida, de tal suerte
que el todo de las dos es todo una:
tiempo, distancia, fin, duelo y fortuna.

Mi noche

Han cerrado las puertas a la noche,
una a una, las casas de la aldea;
la han dejado en la calle. Ella venía
cautamente del valle por veredas.
Talud, caminos, prados y trigales.
Como un roce de terciopelo negro
era su paso, entre los olivares,
tan callado y seguido que sus manos
sorprendían sin mal, ni sobresalto
y encantaban todo cuanto tocaban;
luciérnagas, murciélagos y sapos,
luces, sombras, cadencias y la danza,
la melodía del silencio y pausa
y la de las honduras y distancias.
Venía transparente, entre cendales
que robó al río. Sus dedos de plata
lucían azabaches de arrayanes
y sus pies los diamantes de la escarcha.
Venía ungida de perfumes raros
de musgo, de azahar y de hojas muertas
que son su lecho, su camino y su rastro.
Al pasar, en la alberca se encontró
un panderero de plata sobre el agua
que la luna olvidó, y entró en la aldea
buscando rejas para su rondalla.

El buho en el perfil del campanario
se roía de envidia y dió su alerta
por callejas, por patios y tejados,
contra la cortesana de caminos.
Contra la cómplice de dolor y pena,
de la infidelidad y del desvelo,
de los ladrones y de las rameras,
de los recuerdos tristes, de la ausencia,
del frío de los tedios, de las dudas,
de la desesperanza y la indigencia.

Han cerrado las puertas a la noche,
una tras otra. Y ella está en la calle,
llamando compungida a las ventanas,
y está yerta de frío, pena y hambre.
Yo le he dejado entrar en mis rejas,
y me ha traído a mí sola el goce
de su cosecha vespertina, llena
de paz, de amor, de ensueño y de reposo,
del buen recuerdo, de feliz promesa.
Me ha dejado prendido de mi espejo
su pandero de plata, mientras llega
el día y ella vuelve a su misterio.

Porque mi noche no es la noche mala
que buho increpa y el temor rehuye;
mi noche es un silencio entre rumores
y una sombra de ensueño entre dos luces.

Petenera del sapo, la grulla y la luna

El sapo estaba acechando
en vela
del camino caminito
la vera.
La grulla estaba observando
en la higuera
con hormiguillo de rabia
piojera
a que la luna pasara,
galana,
para ensuciarle la cara
nevada.
La luna estaba en la esquina
con miedo
de toparse con el sapo,
¡refeo!
La grulla estaba irritada
de envidia.
El sapo estaba rijoso
de tiña.
La luna se estaba quieta,
¡tramposa!
La noche le pasó un guiño,
¡chistosa!

Y la luna en dos brinquillos,
¡salero!,
hizo entre el sapo y la grulla
sendero.

Y, limpia como la plata,
garbosa,
se fué a buscar alboradas
de rosa,
tirando sobre los ríos,
rumbosa,
puñados de carcajadas
de sorna.

La grulla se tragó al sapo
del chasco.

El sapo empachó a la grulla
de asco.

Y la luna fué a acostarse
rendida,
rota de gozo y de risa,
tranquila.

Mientras en el caminito,
bonito,
sapo y grulla se pudrían
de asquito.

